



## El miedo a la realidad

En «La Veu de Catalunya» — otra vez — del día 24 de este mes de agosto se publicó un fondo titulado «El miedo a la realidad». Quien tiene miedo a la realidad es ¡claro! el gobierno «idóneo» del señor Dato y consortes. O mejor — esto lo decimos nosotros, — el llamado régimen. El régimen tiene miedo a la realidad, y a la verdad que es su espejo. Como que es un régimen de mentira. Y la mentira degrada a quien de ella se sirve, más que la violencia.

El artículo de «La Veu de Catalunya» empieza así:

«El gobierno del señor Dato ha hecho recoger los ejemplares llegados a España del libro de D. Gonzalo de Reparaz, «Aventuras de un geógrafo errante», editado en Berna, donde reside el autor.

El libro del señor Reparaz no es un libro de escándalo. Es un libro de memorias, por muchos conceptos interesantísimo, en que el autor explica sus contactos con la prensa y la política madrileña. La publicación de documentos inéditos sobre los antecedentes de la cuestión de Marruecos y la política española dan al libro un interés histórico. Las cartas del general Polavieja, haciendo la crítica de la campaña de Cuba, explican muchas cosas.»

Y más adelante agrega «La Veu de Catalunya»:

«La prensa de Madrid ha recibido el libro de Reparaz con la conspiración del silencio. El gobierno de Madrid ha recibido con la arbitrariedad del atropello. El señor Maura quería para su política «diz y taquígrafos». El señor Dato opina lo contrario. Fiel a los procedimientos «idóneos», siente aquel atávico miedo a la realidad que caracteriza la situación, es decir, la ausencia de la actuación centralista.»

El miedo a la realidad es el miedo a la historia, y el miedo a la historia es el miedo a la política. Porque, como decía Freeman, «la historia no es más que la política del pasado, y la política no es más que historia presente.» Y he aquí por qué el «idoneísmo» administrativo, casero y servil, lleno de miedo a la historia, que es la realidad, tiene miedo de la política y no gobierna. Hace como que gobierna sin gobernar, como le ha acusado un disidente. Disidente por ultra-idoneísmo y embustero casi profesional.

No conocemos el libro del señor Reparaz, aunque esperamos llegar a conocerlo merced al reclamo que le hacen los serviles procedimientos desgubernativos de los administradores de la Casa. No conocemos el libro del señor Reparaz ni las revelaciones que en él haga respecto a los antecedentes de la cuestión de Marruecos, antecedentes envueltos en la bruma fétida de una diplomacia bochornosa. Pero creemos recordar que el señor Reparaz ha residido durante bastante tiempo en Portugal y hasta que ha sido ciudadano portugués. Y acaso haya en su libro noticias sobre las maniobras oficiales españolas en contra de Portugal. Y si no las hay podría haberlas.

Algún día se escribirá — así lo esperamos — lo que socapa y bajo cuerda ha maquinado contra la República portuguesa el reino de España. Sobre todo en los tiempos en que éste aspiraba a convertirse en un Viceimperio Ibérico o más bien Afro-Ibérico, confinela en el extremo occidental de Europa, de aquella Europa Central o «Mittel-Europa» con que soñaron Naumann y otros y que se hundió en el Marne. Tiempos en que el reino de España, ex futuro Viceimperio Ibérico-africano, tenía en Lisboa un embajador que parecía puesto adrede para buscar conflictos.

Cuando hace ya años, reinando todavía en Portugal la dinastía de los Braganza, y hallándonos en la nación vecina, hablaba el actual presidente de la vecina República portuguesa, Antonio José d' Almeida, en un discurso, de cuando los españoles — no recordamos bien si dijo así o castellanos — intentaran trepar o nivelar — que ambas cosas quiere decir el verbo «galgar», que empleó — la frontera, nos sonreíamos diciéndonos: «Estos portugueses... ¡hasta los dedos se les antojan huéspedes!» Pero después hemos visto que si España, la nación española, el pueblo español, jamás ha tenido en nuestros días tales veleidades imperialistas, no faltaban en el reino de España, en el régimen oficial español, quienes, inducidos acaso por poderes de fuera, pensaran en ello. Ahora que el mejor día nos encontramos con algunas sensacionales declaraciones — que luego serán, como es de etiqueta, desmentidas — en que se

dice que fué el reino de España el que defendió la causa de la independencia republicana portuguesa frente a las asechanzas de otros poderosos Estados que codiciaban sus colonias. Porque falsificar la historia es la defensa — defensa de avestruz — de todo régimen que dura, no vive, poseído del miedo a la realidad.

En cuanto a lo de la conspiración del silencio con que, según «La Veu de Catalunya», la prensa de Madrid ha acogido el libro del señor Reparaz, no nos extraña nada. Tiene otras cosas con que entretener a sus lectores: pleitos intestinos y ahora la crisis, la eterna crisis, la crisis crónica, este perenne lugar común, comunísimo. Y hasta llegamos a creer que esto de la crisis perenne y de los gabinetes interinos y del alhigui, del decreto de disolución, es una mefistofética y maquiavélica invención del Régimen para que los «aficionados» a la cosa pública se distraigan y no miren a la realidad viva, a la historia, a la verdadera política. De vez en cuando, lo más a menudo posible, hay que echar una crasicilla cualquiera a la «afición» política para que se vaya distrayendo. ¡Y lo que se recogía leyendo las inevitables variedades y tonterías que a costa de la crisis suelen decir nuestros prohombres!

¡Qué agujero, Dios mío, qué agujero!

Miguel de UNAMUNO.

